

meroso programa que se inventaba sobre la marcha. Las crónicas no detallan mucho más. Sola-mente añaden que se pasaron aquellas horas tan de prisa que nadie advirtió que el sol estaba a punto de iniciar su despedida. Fué tal el entusiasmo que despertó aquella reunión que unánime-mente determinaron celebrar todos los años por aquella misma fecha semejante acontecimiento. Incluso alguien se lanzó a bautizar esta reunión como «el «día de la fiesta»».

Me gusta imaginarme así los comienzos de nuestras fiestas españolas. Con ausencia de sen-sacionalismos, como un brote espontáneo de nuestra manera de ser. Si la substancia de las diversas fiestas populares españolas permitiera un análisis químico contemplaríamos que todas ellas tienen como base la misma fórmula. Esta esencialidad invariable y común de nuestras fiestas merece una apología.

Han cambiado los tiempos y han surgido variaciones en el desarrollo de los festejos de cada ciudad y pueblo cuando se celebran «las fiestas». Los viejos añoran sus tiempos y hablan del espíritu patriarcal que animaba sus celebracio-nes: gente sin complicaciones y sin el vértigo de la vida asomando a sus retinas se extasiaban ante los concursos de cucañas, carreras de sacos, «corrida» de toros en la plaza del ayuntamiento y otros detalles que todavía reviven esporádica-mente en algunas aldeas españolas y que hoy nos parecen anacrónicos. Ya lo creo que han cambiado los tiempos. Ahora «las fiestas» en las ciudades se inician varios meses antes con el nombramiento de una comisión organizadora, asignación de un presupuesto, contrato de diver-siones, concursos ... hasta la manera de divertir-se es distinta: cuándo iban a soñar nuestros antepasados con esas verbenas ambulantes que se injertan en las ciudades como un ascua de luz exhibiendo una confusión babilónica de músicas estridentes y altavoces tomboferos. Los tiempos han cambiado; sin embargo hay algo que per-manece y debe permanecer inmutable como mé-dula vital de nuestras fiestas.

—¿En qué consiste ese núcleo vital, alma de nuestras fiestas populares? Es necesario des-tapararlo para que no lo ahogue la perifolia exte-rior cada vez más abundante y para que sepa-mos hacer pervivir lo auténtico mientras en lo externo nos adaptamos al avance de la vida y a las últimas atracciones.

Recuerdo esta frase que dejó caer sin darle importancia un señor mientras se comentaba la celebración de las próximas fiestas: «para mí estos días de las fiestas son el mejor exponente del espíritu familiar que debía existir siempre entre los componentes de una ciudad». Es que en las fiestas se respira un aire especial que nos hace sentirnos amigos de todos y que se transpa-renta aun en la manera de saludarse y de decir

«adios». Es una cordialidad especial inexistente en otras épocas del año. La ciudad se encuen-tra más familiar que nunca y posee un atracti-vo indefinible tanto para el que vive en ella co-mo para el ciudadano ausente durante el resto del año que acude ilusionado a gozar de este ambiente insustituible e inigualable. Cordialidad para los huéspedes que visitan la ciudad duran-te esos días. Se les mira como cosa propia y se borra la distinción de turistas y naturales. La ciu-dad acoge a todos y no se sitúa frente a nadie.

Otra nota esencial de nuestras fiestas que no puede desaparecer es la espontaneidad. El ingenio y la chispa del carácter español para or-ganizar en cada esquina un espectáculo folklóri-co; la viveza y facilidad para divertirse sin su-jetarse a una reglamentación fijada únicamente por una comisión. Donde hay espontaneidad hay vida. ¡Qué sensación de pujanza ofrece la con-templación de una ciudad en estos días de «las fiestas»! Amalgama insuperable de color y di-versión, religioso y profano, actividad y ensimis-mamiento.

Dicen que la ilusión y el entusiasmo caracte-rizan los años de la juventud; también es ver-dad que el espíritu juvenil no es privativo de una edad determinada. Al llegar las fiestas todo se rejuvenece, aumenta nuestra capacidad de en-tusiasmo y la ilusión florece en pequeños y ma-yores al acercarse las fiestas de cada año. La me-jor demostración de ese entusiasmo culmina en los fervorosos actos dedicados a la Patrona, Ma-ría bajo muy diversas y preciosas advocaciones, centro y eje de todas las demás celebraciones. Al abrigo de su manto nació aquella primera fiesta de que nos hablan las crónicas y bajo esta inspiración todavía siguen. La ilusión se incar-dina en la esencialidad de nuestras fiestas. Un hombre sin ilusión nunca tiene «fiestas» y es incapaz de vivir hora a hora los innumerables de-talles que jalonan esos días.

Es verdad que para vivir es necesario re-novarse y que resultaría absurdo el querer man-tenerse anclados en lo tradicional sin ningún es-píritu de superación y de adaptación a las cir-cunstancias y atracciones actuales; pero las ca-racterísticas esenciales deben permanecer vivas porque esas nunca envejecen y el día en que nos parezcan anticuadas debemos vaticinar la pro-ximidad de la hecatombe en nuestras fiestas. Este tríptico formado por la familiaridad, la es-pontaneidad y la capacidad de ilusión y entusias-mo debe permanecer inalterable a través de los años y de los cambios exteriores. Mientras nues-tras fiestas conserven palpitantes de vida estas tres características, nunca envejecerán y además caerá sobre ellas la mirada de Alguien que más allá de las estrellas contempla cómo los hombres sus hijos saben gozar limpiamente.

Luis M. Vadillo, S. I.